

El fracaso de la mentalización y el trabajo de lo negativo

Peter Fonagy

Psicoanalista. Jefe de la División de Psicología y Ciencias del Lenguaje de la UCL; Jefe Ejecutivo del Centro Nacional Anna Freud para Niños y Familias, Londres; Consultor del Programa para Niños y Familias del Departamento de Psiquiatría y Ciencias del Comportamiento Menninger del Baylor College of Medicine; profesor visitante en las facultades de medicina de Yale y Harvard. Director de Programa del Programa Integrado de Salud Mental de UCLPartners, Asesor Clínico Nacional Superior del programa de Salud Mental para Niños y Jóvenes del Servicio Nacional de Salud de Inglaterra, Líder del tema de Salud Mental en el CLAHRC del Támesis Norte e Investigador Superior del Instituto Nacional de Investigación sobre la Salud.

Luchando con lo negativo ^Ψ

Este artículo es la historia del Sr. K. Y también es (quizás inevitablemente dado el tema) mi propia historia. Al conocerlo, me vi obligado, principalmente por mi propio sentido de futilidad, a revisar mis ideas más apreciadas y a replantearme mi actitud hacia algunas otras ideas, fundamentales para la teoría psicoanalítica en su conjunto. Es una historia en busca de un final. Tal vez en nuestra discusión, siguiendo mi trabajo, el lector completará la narración.

El Sr. K era un hombre muy inusual. En la superficie algunos podrían describirlo, a los 40 años, como un producto del proceso de desarrollo de la resiliencia.

Recordaba una infancia de abandono y privación, que sólo puede ser descrita como

horrorosa. Sus padres eran devotos seguidores de un grupo de culto, ahora afortunadamente casi olvidado, que incorporaba una ética cristiana fundamentalista, con una auto-privación profundamente deliberada.

Las emociones en sí mismas se consideraban una desviación inaceptable del "recto camino". El Sr. K no era psicótico, y de hecho era muy inteligente, y en ciertos aspectos notablemente perceptivo. Realizaba un trabajo extremadamente exigente, respecto del cual siempre se había sentido en menos para llevarlo a cabo. Había una sensación de extrema fragilidad en él, que estaba perpetuamente al borde de un colapso catastrófico.

Experimentaba la vida consistentemente como una persecución. Había un trasfondo de violencia, no tanto en sus acciones hacia otras personas sino en su reacción a la más mínima

^Ψ Este artículo fue traducido desde la versión inglesa del capítulo "Das Versagen der Mentalisierung und die Arbeit des Negativen", publicado originalmente en alemán en Rohde-Dachser, C., & Wellendorf, F. (Eds. 2005). *Inszenierungen des Unmöglichen. Theorie und Therapie schwerer Persönlichkeitsstörungen*. Stuttgart: Klett-Cotta.

Una versión similar de este artículo, pero más acotada y con distinto énfasis teórico ha sido publicada en inglés:

Fonagy, P., & Allison, E. (2016). Psychic reality and the nature of consciousness. *The International Journal of Psychoanalysis*, 97(1), 5-24.

Agradecemos al Professor Peter Fonagy por su permiso para traducir y reproducir este artículo, y a su equipo en University College London, por facilitarnos manuscritos de las distintas versiones de este trabajo.

Traducción: Gustavo Lanza Castelli y Nicolás Lorenzini.



frustración. Sus fantasías en respuesta a mis vacaciones o ausencias, particularmente cuando esto estaba relacionado con el tiempo que podría pasar con mi familia, eran de extrema violencia. Quería a mi familia muerta, no por venganza, sino como la única solución razonable y lógica a la incomodidad que le hacían sentir. Estaba preocupado por su cuerpo, pero no de una manera productiva que pudiera llevar a una persona a buscar ayuda médica o a tomar medidas preventivas (como el ejercicio), sino más bien, por un sentido general de su desintegración, que revelaba una clara preocupación subyacente sobre la continuidad de su propia existencia mental.

Pero la violencia hacia el exterior era insignificante comparada con la violencia dirigida hacia el interior. El Sr. K era extremadamente suicida. Su ambición central era terminar con su vida. Durante muchos años tuvo acceso a los barbitúricos. Al comienzo de su tratamiento relató cómo succionaba grandes cantidades de la droga, escupiéndola a tiempo para evitar la absorción de una dosis letal. Debo señalar que el Sr. K. se diferenciaba de la mayoría de los individuos con un grave trastorno límite de la personalidad que he visto a lo largo de los años, en que rara vez experimenté su suicidio como una manipulación. Parecía que realmente consideraba su vida como un desafío imposible, y el suicidio como la única decisión razonable. Sentía que no se le podía culpar por no esforzarse lo suficiente y que ahora debía ser liberado de la vida. Esta solución dramática atravesaba todos los aspectos de sus intentos por resolver sus problemas personales. La solución apropiada para el dolor parecía ser para él deshacerse de lo que sea que le hubiera dolido, ya sea una extremidad, o incluso su cabeza. Más

dramáticamente aún, contemplaba tratar sus problemas sexuales mutilando sus órganos sexuales. Una vez más, no se percibía el deseo de autocastigo en esto que decía, o el deseo de llenar un vacío en el self, lo que habitualmente puede marcar el comienzo de una autolesión en una organización límite de la personalidad.

Las acciones, aunque violentas, eran soluciones a los problemas. La violencia dirigida hacia sí mismo o hacia los demás, parecía ser la forma que tenía de lidiar con la tensión, ya sea que la fuente de la perturbación fuera la ansiedad, la ira, la tristeza, la vergüenza o la culpa. Los ataques contra sí mismo eran demasiado reales en el sentido de que causaban un deterioro físico real, incluyendo su obesidad, las migrañas, los problemas intestinales perpetuos, su impotencia y una profunda ansiedad relacionada con todas estas manifestaciones físicas.

Lo que no se puede transmitir con palabras es la falta de vida, que era el sello de las sesiones analíticas con el Sr. K. Permítaseme dar un breve ejemplo, que espero que dé una idea de la sensación de desesperanza que experimentaba al trabajar con el Sr. K. Llega a una sesión del lunes, rebotante de lo innumerable e intolerable. En pocas palabras alude al fin de semana insoportable que acaba de tener. No pudo hacer nada más que llorar, acostarse en la cama y atiborrarse de comida. Su descripción sonaría como una exageración, sólo que yo sabía que era verdad. Por centésima vez declaró que era irrazonable que el mundo esperase que él fuera capaz de funcionar. Ciertamente no sin su analista. Yo digo, “Tengo la sensación de que te sientes muy solo con los recuerdos del fin de semana, incluso cuando estamos aquí juntos”. Él asiente, pero al mismo tiempo ignora mi comentario,



y relata un sueño que considera como nada especial, y que difícilmente vale la pena contar.

Está buscando a alguien en un gran edificio, abriendo muchas puertas pero encuentra las habitaciones vacías.

No tiene asociaciones con el sueño excepto para afirmar lo obvias que son sus implicaciones. Menciona que está seguro de que mis otros pacientes son capaces de aportar material mucho más interesante. Comento que parece soñar su sueño para convencerme de su vacío, porque sólo en ese vacío es capaz de sentirse especial. Habla de su necesidad de mí, pero también, y de manera explícita, de lo inadecuado de lo que tengo para ofrecer. Es realmente demasiado tarde para él y debo ser capaz de ver esto. Se describe a sí mismo como un agujero negro que puede absorber cualquier cantidad de compromiso. Me impresiona la claridad con la que veo la imagen del Sr. K como un oscuro y misterioso remolino. Parece capaz de hacerme sentir patético, impotente, totalmente sin recursos, esperando pasivamente mi destino. Me quedo en silencio, aplastado bajo el peso de la desesperanza de nuestra situación. Se queja de que no digo nada. Respondo, tratando de hacer uso de mi identificación contratransferencial, que se siente succionado en el agujero negro donde puede dejar de existir. Añado que quizás también se siente preocupado de conseguir que me absorba el agujero negro y tiene miedo de que sea demasiado tarde. Lloro y aprecia momentáneamente que parecería ser que yo lo entiendo, pero el alivio en el despacho es efímero. La monumental carga de su futilidad regresa.

Lo atormenta la idea de una próxima ruptura en el análisis. Me tomo unas vacaciones y él está convencido de que mi verdadero objetivo es estar "lejos de él". Ninguna persona puede tolerar la cercanía con él. Hay algo agri-dulce en cómo se identifica a sí mismo como una víctima. El ser alguien tratado cruelmente por un objeto indiferente, que está demasiado ansioso por librarse de una carga intolerable y exigente, parece ser una identidad, un ALGUIEN que puede ser conocido, en contraposición a la vacuidad que normalmente trae, que es simplemente negra e incognoscible. Intento una confrontación suave. "Parece que te sientes muy reconfortado por algo en el sentimiento de ser rechazado. Encontrar una habitación aquí que no esté desnuda como las de tu sueño, sino que tenga a alguien vivo y dispuesto a escucharte después del terrible fin de semana, no ofrece casi nada en comparación". Reconoce mi interés, pero luego se niega a participar. Sólo hay silencio.

Me siento en mi silla y me pregunto, como suelo hacer con los pacientes, ¿para qué sentimientos se me pide que sea un vehículo? ¿Qué me está pidiendo el Sr. K que posea de su conjunto de fermentos mentales? Caigo en la cuenta entonces, lentamente, lentamente del terrible pensamiento, que la respuesta a mi pregunta retórica es: NADA. Para el Sr. K, a diferencia de mis otros pacientes, no soy alguien más o menos dispuesto para poner en acto una parte intolerable de una fantasía inconsciente. La identificación proyectiva es sólo de una ausencia, y cualquier frustración que yo pueda sentir es sólo mi reacción no empática a esta frustración, no una exteriorización o comunicación de mi paciente, no es el papel que me está pidiendo que desempeñe. Ha conseguido crear otra habitación estéril en



el edificio que es su vida, y con el deseo de su sueño cumplido, ahora podemos sentarnos en silencio.

Una teoría se va por la borda.

Creía que entendía a los pacientes como el Sr. K. En el caso de un trato insensible o que desatiende de manera crónica, se crea una falla en la construcción del self, por la cual el niño es forzado a internalizar la representación del estado mental del objeto como una parte central de sí mismo. En el desarrollo temprano, este "self ajeno" se maneja mediante la externalización; a medida que se desarrolla la mentalización, la comprensión de sí mismo y de los demás en términos de estados mentales (pensamientos, sentimientos, creencias y deseos) se puede ir tejiendo cada vez más en el self, creando una ilusión de cohesión. La desorganización del self desorganiza las relaciones de apego en la medida en que crea una necesidad constante de realizar una identificación proyectiva (para la exteriorización del "self ajeno") y, por lo tanto, socava aún más el desarrollo de las capacidades basadas en las relaciones de apego, como la regulación de los afectos y la mentalización. El "self ajeno" está presente en todos nosotros, porque la negligencia transitoria es parte del cuidado habitual; es pernicioso cuando las experiencias posteriores de trauma en la familia o en el grupo de compañeros, obligan al niño a disociarse del dolor utilizando el "self ajeno" defensivamente para la identificación con el agresor. En tales casos el self vacío viene a ser colonizado por la imagen del agresor, y el niño llega a experimentarse a sí mismo como malvado y monstruoso. Esto a

su vez puede llevar a tres cambios importantes:

- a) Un repudio casi completo de la mentalización en un contexto de apego y la necesidad de percibir que tanto el self como el otro funcionan a nivel teleológico, fundamentalmente como si no hubiera mentes
- b) Supresión de la ilusión de coherencia del self que normalmente se logra a través de la mentalización, y aumento de la prominencia de las experiencias no-self (ajeno) dentro del self, que conduce a la experiencia frecuente de identidades fragmentadas
- c) La externalización de las partes no congruentes del self se vuelve esencial para la continuidad de la experiencia del self y esto crea una dependencia vital de la presencia física próxima del otro, para que actúe como un vehículo para la externalización.

La brutalidad en el contexto de las relaciones de apego genera una intensa vergüenza. Cuando se combina con una historia de abandono en la infancia y una consecuente debilidad en la capacidad de mentalización, se convierte en un potente detonante de violencia, debido a la intensidad de la humillación experimentada cuando el trauma no puede ser atenuado a través de la mentalización. La vergüenza no mentalizada se experimenta entonces como la destrucción del self; la hemos llamado "vergüenza destructiva del self". El acto de violencia está enraizado en el deseo de destruir las partes externalizadas (proyectadas) del self en el otro y así asegurar la coherencia (supervivencia) del self.

Creo que la violencia tanto contra el otro como contra el self está en parte enraizada en la necesidad de crear una experiencia



emocional fuera del self, que corresponde a una experiencia intolerable dentro de él y luego destruir esa experiencia para asegurar la supervivencia del self. Por supuesto que esto es una gran simplificación. En particular, la persona cuyas capacidades mentalizadoras se ven limitadas por una combinación de vulnerabilidad constitucional, privación precoz e inhibición ante la amenaza, está en una pobre posición para juzgar el estado del "otro" en un intercambio social. Por lo tanto, es difícil para él saber si el "otro" posee la combinación exacta de estados emocionales y disposicionales que causaría el mayor reaseguro en cuanto a la exitosa expulsión de la parte ajena (the alien part) dentro del self. Pero esta posición, aunque cruel, autodestructiva y antisocial, está orientada hacia la ininterrumpida supervivencia del self. Es en este sentido que uno puede llamarla "una señal de vida"¹. Para que sea eficaz, depende de la experiencia de haber creado un estado intencional en la víctima, que incrementa la fuerza y la coherencia del self por medio de la externalización.

Al sentarme con el Sr. K. me desconcertó lo mal que nuestra (hermosa) teoría (Fonagy, 1996; Fonagy, 2000; Target, 1996) encajaba con el material clínico que él me presentaba. No es que no hubiera suficientes evidencias de sus fallos en la mentalización. Las demás personas, así como sus propias reacciones, eran profundamente desconcertantes para él; la casa llena de habitaciones vacías era, estoy seguro, un retrato exacto de su experiencia de su propia mente. La parte vacía, ajena, del self del Sr. K. era un visitante diario de mi diván,

que se hallaba escindida de otra parte de su mente (sentida) constitucionalmente coherente. Donde la teoría parecía proporcionar un consejo que inducía al error, referido a la técnica, era en relación con la situación clínica. El estar con el Sr. K me daba poco insight de su estado mental inconsciente. No tenía la experiencia familiar de ser presionado, empujado o inducido a vivir la experiencia que mi paciente necesitaba desterrar. De hecho, me encontraba experimentando exactamente el mismo estado mental que el Sr. K. reportaba conscientemente: una sensación de quietud, torpe y totalmente soporífera. Normalmente trataría de presentar a mis pacientes lo que percibo que es su estado mental tras la externalización de las partes no congruentes, "ajenas", del self. Pero cuando dije que el Sr. K. se había quedado con una preocupación genuina por mí después de que externalizó su sentido de muerte, esto claramente dejó al Sr. K. sin ningún sentido de auto-reconocimiento. Traté de aplicar el principio general de que el mecanismo terapéutico del psicoanálisis consistía en el reconocimiento -por parte del paciente- de su propia mente en la mente del terapeuta, pero en el caso del Sr. K, o bien éste no quería ver o no quería mirar, o lo que veía estaba demasiado vivo para que se viera a sí mismo allí.

El instinto de muerte

En la descripción clásica de Bibring (1969) del desarrollo por parte de Freud de sus teorías de los instintos, el instinto de

¹ Para Winnicott (1959) incluso en la pura destructividad "se conserva una línea de vida, la cual consiste en

la base de las relaciones de objeto que el paciente siente como reales " (p. 127)



destruccion primaria es el cuarto y último paso de esta evolución. En la nueva teoría Freud ya no consideraba las tendencias agresivas como atributos primarios de los instintos del yo, sino como instintos de destrucción existentes independientemente, que coexisten con los instintos sexuales en los estratos vitales de la mente. Bibring considera que (la teoría de) la pulsión de muerte se desarrolló a partir de la investigación de Freud sobre los fenómenos sadomasoquistas y el aumento de los conocimientos sobre la estructura del aparato mental. La explicación del propio Freud, como sabemos, era la compulsión de repetición. Se encontró con la necesidad clínica de proponer una fase primordial para el instinto destructivo. La necesidad de castigar el deseo de placer no explicaba suficientemente el grado de rigidez anquilosada del carácter autodestructivo. El placer no parece ser la motivación principal de una personalidad como el Sr. K. El Sr. K parece estar impulsado por el displacer. Ha sido la pulsión de muerte o el principio del displacer lo que Freud ha visto como aquello que daba tamaña fuerza a la culpa y al castigo. La existencia de una tendencia autodestructiva, que de alguna manera operaba desde el interior del self, análoga al narcisismo primario, podría explicar fácilmente las fluctuaciones que observaba en el Sr. K entre la agresividad y la autodestrucción.

Pero tanto la agresividad como la autodestrucción encuentran en la teoría psicoanalítica suficiente explicación sin necesidad de hacer referencia al concepto de la pulsión de muerte y, por otra parte, no es la violencia del Sr. K la que me ha llevado a reconsiderar mi actitud hacia el concepto de pulsión de muerte de Freud. Ha sido más bien la

impermeabilidad del Sr. K a la intervención analítica lo que me llevó a repensar algunas de mis ideas. Quizás, sin embargo, deberíamos reconsiderar la articulación que Freud realiza de la destructividad con la resistencia de la mente al cambio. Como Lear (1996) señaló, fue fácil para Freud conectar las repeticiones de las que se ocupaba con la violencia, mientras las repeticiones implicaban a las neurosis traumáticas y a las neurosis de guerra en las que los pacientes revivían con feroz intensidad horribles experiencias de salvaje brutalidad. Claramente no eran simplemente intentos disfrazados y conflictivos de gratificación, y él consideraba que su explicación estaba más allá de los límites del "principio del placer". Al mismo tiempo, las repeticiones que le ocupaban eran también resistentes al cambio. La pulsión de muerte marca así los límites de lo no propiamente humano, pero también los límites aparentes de las formas psicológicas de terapia. Un poder dentro de la mente que está más allá de las palabras, una pulsión que "trabaja en silencio".

El instinto de muerte que busca anular las tensiones es un instinto agresivo independiente. Este punto de vista define a la humanidad como agresiva por naturaleza "no como a criaturas gentiles que desean ser amadas" (Freud, 1930, p.111). Pero lo más importante es que Freud define una negatividad inherente al carácter humano, haciendo que la culpa acerca de la vida y la reacción terapéutica negativa sean normativas, así como los trabajos anteriores hicieron de la sexualidad y sus perversiones parte de la vida cotidiana. A lo largo de la mayor parte de su carrera Freud vio tales retrocesos respecto de la vida, como prohibiciones reactivas contra las pulsiones libidinales. En la última fase de su vida



admitió esta oscura y primaria fuerza auto-destructiva, con raíces en "lugares no especificados". La fuerza primaria más oscura era anti-vida, pero construida en la vida: "el instinto de muerte original de la materia viva" (Freud, 1937, p. 243). De este modo, Freud utilizó la pulsión de muerte para explicar tres tipos muy diferentes de fenómenos: la agresión, la inanalizabilidad y la entropía psicológica (Lear, 1996).

La reformulación de Freud de la teoría de los instintos en términos de los instintos primarios de vida y muerte, preparó de forma indirecta la construcción teórica psicoanalítica para los avances de la segunda mitad del siglo XX: creó espacio para la teoría de las relaciones de objetos. En la nueva teoría de los instintos, el instinto ya no era una tensión de energía que afectaba a la esfera mental habiendo surgido de una fuente orgánica y que tenía por objetivo eliminar el estado de excitación en el órgano en el que se había originado. Los instintos eran vistos ahora como directrices, que dirigían el propio proceso de la vida en direcciones particulares. Es a partir del carácter intencional del segundo modelo de pulsión que Melanie Klein y sus colegas pudieron desarrollar un modelo relacional rudimentario de psicología psicoanalítica (Eigen, 1995). Sin embargo, en general, los teóricos de las relaciones de objeto tendían a rechazar, o a aceptar sólo de palabra, la pulsión de muerte. Se ha dicho que Winnicott, por ejemplo, ha combatido la idea de la pulsión de muerte en sus escritos y ha subestimado la destructividad primaria (Rodman, 1987, p. 42). Quería que su obra -y a través de ella su imagen del hombre- estuviera viva, que se moviera. Decía explícitamente que quería que sus conceptos transmitieran movimiento,

proceso, paradoja, y no falta de vitalidad. La controversia relativa a la viabilidad del concepto de instinto de muerte es bien conocida (Compton, 1981; 1983; Sternbach, 1975) pero, a pesar de las numerosas e incisivas críticas, muchos enfoques psicoanalíticos influyentes se adhieren a la formulación de Freud sobre el instinto de muerte. Tal vez el Sr. K no sea tan único después de todo.

El instinto de muerte y el Sr. K

Si bien es muy probable que algunos aspectos de los recuerdos de su infancia del Sr. K fueran exagerados, había suficiente verdad histórica verificable en su relato como para considerarlo un niño gravemente desatendido, como así también abusado, al menos desde el punto de vista psicológico, si no físico. El Sr. K estuvo solo la mayor parte de su infancia. No tenía amigos y sus padres lo ignoraban en un grado extremo. Se convirtió en un niño ornitólogo. Era imposible saber si el abandono de sus padres era parte de su evidente profunda patología, o si su reacción era comprensible ante el rechazo del Sr. K.

Pero, más interesante que los acontecimientos del pasado del Sr. K era su experiencia de su historia, que proporcionaba una continuidad desde la primera niñez hasta el día de hoy. Sus descripciones de los objetos físicos que lo rodeaban de tanto en tanto, eran de cosas que poseían una cualidad amenazante y aterradora. Experimentaba el mundo como desprovisto de elementos de interés y lo sentía como un lugar peligroso e inseguro. El mundo en sí mismo, no el Sr. K, parecía no ser bueno, y ser hostil e injusto. En los últimos años, los psicoanalistas y otros teóricos han tendido a poner énfasis en los aspectos de la



experiencia emocional centrados en la persona: los afectos experimentados en el contexto de las relaciones self-otro (Kernberg, 1976 por ejemplo, reserva el concepto de afecto para lo que se liga a las representaciones de las interacciones entre el self y el objeto). Por cierto, los sentimientos del Sr. K en relación con él mismo y con los demás, estaban, como era de esperar, coloreados por un sentimiento de falta de valor y desesperación. Pero más llamativa era la forma en que percibía su mundo externo como árido, vacío, poco acogedor, odioso, sin preocupación ni simpatía. Mi comprensión de su tendencia suicida era cada vez más que estaba enraizada en su experiencia del mundo entero, más que en cualquier relación específica. En otras palabras, era en vano que hubiera intentado situar su desesperación en representaciones fallidas y distorsionadas de las relaciones self-otro, ya sea en el análisis o fuera de él.

Se me hizo evidente que el Sr. K y yo experimentábamos nuestro entorno físico y las personas que había en él, de manera completamente diferente. Cada vez que mirábamos el mismo objeto físico, él veía algo completamente distinto a lo que yo veía, sin importar cuál fuera el objeto. Las simples sillas de oficina de mi consultorio le recordaban en diferentes momentos a sillas eléctricas, marcos de Zimmer para los ancianos enfermos, cepos medievales o la silla del cuadro de Van Gogh en el asilo. Freud hablaba del súper yo del individuo depresivo como pura cultura del instinto de muerte y en “El malestar en la cultura” afirmaba que toda culpa surge a través de su pacto con el instinto de muerte. Parece una afirmación obvia que el Sr. K no sentía que su vida valiera la pena, porque en vida

estaba rodeado de muerte. La muerte impregnaba toda su experiencia de la realidad física.

Cuán omnipresente era esto puede ilustrarse con este breve fragmento -casi literal- del segundo año de su análisis.

- *Sr. K.:* Las luces estaban apagadas a lo largo del pasillo cuando llegué a su despacho. Usted las apagó deliberadamente, para que yo no encontrara el camino hasta aquí. (silencio...).
- *El analista:* Una vez más siente que nadie puede hacer frente a la magnitud de su maldad.
- *Sr. K.:* Se siente oscuro aquí. Creo que ha cambiado las bombillas a un voltaje más bajo. Necesita ahorrar dinero. (silencio...). Va a haber un ataque terrorista en Londres. Nos matarán a todos si no cumplimos con sus demandas. Usarán armas biológicas. No discriminan, los niños, las mujeres, los discapacitados, todos morirán. Los pacientes de los hospitales irán primero. (silencio...). El subterráneo estuvo bloqueado en el túnel durante horas. Pensé que íbamos a estar atrapados allí para siempre. (silencio...)
- *El analista* (consciente de que debido al trabajo del Sr. K podría haber tenido algún conocimiento interno sobre los planes antiterroristas): No siente ninguna esperanza de comprensión aquí. Necesita hacer que el mundo exterior se ajuste a cómo se experimenta a sí mismo en su interior, pero entonces se siente atrapado en la oscuridad y la desolación de su creación.
- *Sr. K.:* (Después de unos minutos de silencio): Estoy escuchando mi respiración. Estoy pensando que podría dejar de respirar. Sólo olvidar tomar el siguiente



respiro. Me debilitaría y entonces no sería capaz de respirar aunque quisiera. Nada me gustaría más que quedarme dormido hasta la muerte. (silencio...). Esta habitación es como una tumba. (silencio...). Cuando alguien es ejecutado en los EE.UU., siempre hay oficiales para presenciar la ejecución.

- *El analista* (desesperadamente, tratando inconscientemente de encontrar un lugar para sí mismo en este escenario de muerte): Le gustaría que fuera testigo de su muerte. Necesita alguien que observe su sufrimiento, de lo contrario no puede percibirlo como real, ni siquiera para usted.
- *Sr. K* (silencio... entonces con gran tristeza): No puedo tener a nadie en mi vida. Usted está ahí, pero es sólo una voz. No lo conozco y no puedo conocerlo. Le agradezco que me vea y lo considero un hombre amable, pero ello no puede hacer diferencia respecto a dónde terminaré.
- *El analista*: Hmmm...

Y estaba bastante orgulloso de mí mismo por poder crear un "hmmm", porque en realidad, en ese momento no sentía que tuviera ni siquiera un "hmmm" en mí. La capacidad de la mente para mantenerse activa y funcionando en presencia de la muerte puede estar estrictamente limitada por la selección natural. Una parte importante de lo que podría lograr para el Sr. K en ese momento era compartir con él la experiencia que lo había aplastado. La comprensión de nuestra relación de roles (Sandler, 1976) o la situación de transferencia total (Joseph, 1985), o incluso el comprenderle a él (Kohut, 1977), parecía un buen camino más allá de donde estábamos durante

la mayor parte de los dos primeros años del análisis del Sr. K. Lo que experimentaba en la contratransferencia era la impregnación con la muerte que el Sr. K llevaba a cabo en mi consultorio.

Pero, ¿cómo es que la muerte impregnaba tan exitosamente el sentido de la realidad externa del Sr. K? En otros lugares, hemos sugerido que la realidad externa se construye a través de intentos de identificación proyectiva evacuadora (Fonagy, 2007). Como bebés, exploramos en parte el mundo proyectando partes de nosotros mismos en él, y aprendemos sobre él por la forma en que nos responde. Esto, como Bion (1963) señaló, es un proceso normal. Se convierte en una formidable fuerza de enfermedad cuando la muerte, en lugar de la vida, constituye el material de la identificación proyectiva. ¿Cómo puede un niño explorar psíquicamente un mundo que es mortífero, lleno de una ausencia de preocupación, si no es a través de la proyección en él de lo mortífero que siente en su interior? El niño desatendido puede crear en el mundo exterior la ausencia de self a la que fue expuesto al no ponerse a sí mismo en él, fallando deliberadamente en mentalizarlo, llevando su mundo vivo como si estuviera muerto. Pero en última instancia, ninguno de nosotros puede soportar este círculo vicioso de destructividad que se amplifica en la reverberación que regularmente se produce entre lo que está dentro y lo que está fuera, y se renuncia entonces a la exploración del mundo y la esperanza es abandonada. Como todas las anomalías profundas de la personalidad, creo que la presentación del Sr. K también tiene sus raíces en el desarrollo.



El self que se ausenta: dos formas en que la mentalización puede fallar

Para ayudarme a entender al Sr. K me vi obligado a considerar dos tipos de mentalización fallida. La mentalización fallida de los pacientes fronterizos lleva a la creación del mundo mental en lo físico. Sus acciones manipuladoras, incluso cuando son abiertamente agresivas o destructivas, implican la creación de un estado afectivo en el objeto por medio de la manipulación (a veces violenta), incluso si ese estado sólo se crea para que pueda ser destruido. Por el contrario, creo que la destrucción de la esperanza y la energía del Sr. K en su analista, en sí mismo y en todo lo que le rodeaba, era el remanente de una función reguladora destinada a la eliminación de la activación y la excitación. Esto se activa para "fiscalizar" el mundo exterior, para eliminar de él la intencionalidad que la mentalización coloca allí. Implica más que la ausencia de una función mental, implica la creación activa de un mundo sin mentes. El Sr. K permanece impenetrable porque ha abandonado la esperanza de proyectar su estado interno en su objeto. Esto contrasta con la impenetrabilidad típica del paciente fronterizo, que puede ser difícil de entender porque exterioriza estados mentales en el objeto que a menudo oscurecen la percepción exacta del estado mental residual del paciente. La experiencia de la muerte generalizada que surge como parte del segundo tipo de fracaso de la mentalización se ve quizás más fácilmente como el remanente de un método de autorregulación primitivo que conlleva el deseo de destruir cualquier estado interno. Normalmente, el niño se entera de lo que hay en su propia mente proyectando aspectos de ella en otros y viendo lo que se le

devuelve. Si lo que regresa se siente completamente inmanejable, estas sondas exploratorias ya no se enviarán en absoluto, ya que al niño le parece que esto es lo que causa su sensación de estar abrumado. Los estados internos se experimentan como desesperadamente fuera del alcance de la propia capacidad de regulación, una perturbación en la que la proyección del self en el objeto se percibe en sí misma como una fuente de perturbación. Como consecuencia, el mundo externo en su conjunto pierde su sentido.

Deseo reconocer que las ideas que estoy planteando, deben mucho al trabajo de André Green (1999) y particularmente a su teoría de la función desobjetalizadora propuesta en el contexto más amplio de su trabajo sobre lo negativo. Green defiende la existencia de una función objetalizadora, transformadora de las funciones psíquicas de los objetos, que produce objetos funcionales que sostienen la vida o las pulsiones amorosas; y su antagonista, una función desobjetalizadora, "que expresa la desligazón descrito por Freud como característico de las pulsiones destructivas o de muerte, que roba a los objetos de su especificidad al quitarles sus características singulares y únicas, como aparecen en el amor" (Green, 1986; p.137-8). Creo que la eliminación de las características singulares, el despojo de significado, la eliminación de los vínculos entre los objetos es la raíz de la autodestructividad del Sr. K. En el artículo de "The work of the negative", Green deja claro que esta función desobjetalizadora es el núcleo del narcisismo negativo o "narcisismo de muerte", una tendencia hacia el cero, sobre el que había escrito extensamente en "Narcisisme de vie, narcissisme de mort" (1980).



En su artículo "Sobre la intuición de lo negativo en el juego y la realidad", Green (1997) resumió esta idea así: "... lo que se ha llamado, probablemente de manera impropia, instinto de muerte, se basa en una función desobjetalizadora, es decir, el proceso por el cual un objeto pierde su individualidad específica, su singularidad para nosotros, y se convierte en cualquier objeto, o en ningún objeto en absoluto. ...La función desobjetalizadora implica una desinvestidura (negativa) de los objetos externos, internos o incluso transcisionales. El llamado instinto de muerte se convierte en una inclinación a la autodesaparición" (p. 1083). La desobjetalización se caracteriza por la desligadura: "Desvincularse de lo erótico, desvincularse de lo objetual y, finalmente, desvincularse incluso de los aspectos positivos del narcisismo. Es una desligadura más aniquiladora que anárquica o caótica." (p.157). "Por lo tanto, se vincula menos con la agresión que con la nada". (p.220 en la versión impresa en "La Madre Muerta" de Kohon).

Me gustaría adaptar la formulación de Green como base para una exploración de este, al menos para mí, nuevo aspecto de un fracaso de la mentalización. Creo que el fracaso de la mentalización está asociado a una inhibición defensiva vinculada a los malos tratos y a la resistencia a concebir el estado mental de un adulto poderoso que alberga malevolencia hacia el niño. En esta situación el niño tendrá a su disposición uno de los dos dispositivos. Puede permitir que las partes ajenas de la auto-representación sean "colonizadas" por los estados mentales del abusador

para obtener un grado de control ilusorio sobre el perpetrador mental. Las maniobras defensivas de este tipo son comunes en el apego desorganizado asociado con el maltrato y reflejan lo que Green denominó la función de objetalización. En este caso, la mentalización en el self se subvierte, escindiendo el self y permitiendo que parte de él represente el estado mental del objeto abusivo. Creo que esta es la explicación para muchos aspectos de la presentación clínica de los pacientes con TLP. Sin embargo, no explica mi experiencia con el Sr. K., ni con otros pacientes en los que la presentación es más negativa y posiblemente menos susceptible de cambio que en el caso de las organizaciones fronterizas.

Creo que el predicamento del Sr. K es el resultado del segundo dispositivo disponible para el niño enfrentado a la maldad social, que hace uso de la función de desobjetalización². En personalidades límite, se siente como que un objeto coloniza el self para perseguirlo, pero luego se proyecta en el otro y frecuentemente se experimenta así como destruido en ese otro. Podemos entender los ataques físicos tanto al self como al otro de esta manera. Por muy perturbador y destructivo que sea para la precisión de la percepción y el pensamiento, este mecanismo hace uso de la creación de estados mentales, puede ser una distorsión de la mentalización, pero es parte de la función de objetalización tal y como Green lo concibe. En marcado contraste con estos fenómenos están los casos como el del Sr. K, que hacen sentir la fuerza de la pulsión de muerte de Freud. El Sr. K es un símbolo y

² Reconozco que la exploración de los aspectos adaptativos de la desobjetalización extiende el concepto un

poco más allá del uso original que André Green pretendía darle.



la encarnación de la muerte. Al trabajar con él uno no puede evitar sentir la muerte trabajando. Uno siente una fuerza oscura que lo saca cada vez más de la vida, chupando la vida hasta dejarla seca. Uno siente que un proceso negativo funciona incluso después de que la vida pierde la batalla. Parece entonces que si se experimenta al otro como demasiado cercano, se siente como una amenaza, como una representación perturbadora, tiene que ser destruido para proteger la mente. En el primer caso, el vehículo de un estado mental proyectado es atacado con la esperanza de librar para siempre al individuo de una idea persecutoria. En el segundo, la destructividad puede considerarse "preventiva": tiene por objeto anular el objeto que amenaza con crear una representación en la mente que se cree que la mente no tiene capacidad para regular o controlar. El objetivo no es destruir una imagen intolerable que se ha proyectado en el mundo exterior, sino más bien adelantarse a la posibilidad de tal proyección eliminando al otro como un potencial vehículo. Socava la posibilidad de una dialéctica entre el self y el objeto en la que el self podría haber sido descubierto. En lugar de apropiarse del significado e incorporarlo dentro del self (aunque sea ajeno), el niño despoja tanto al objeto como al self del significado, niega la existencia de estados internos, busca refugio en una quietud donde las creencias, los deseos y las ganas ya no existen. En el primer caso, la evitación de la mentalización se logra mediante un ataque dirigido al significado, en el

segundo al significante, pero ambos están diseñados para evitar la posibilidad de la significación.

La segunda forma de anormalidad, en realidad bastante común, creo que tiene sus raíces en el mal funcionamiento de lo que Green describió como desobjetalización, que puede ser un proceso normal que, por simplicidad, podríamos considerar como una contrapartida de la mentalización. Mientras que la mentalización genera una imagen mental verdadera o ilusoria del objeto como vivo, poseedor de sentimientos, pensamientos y creencias, la desobjetalización normalmente realiza la función igualmente necesaria de desapego al servicio de un cambio de relación y alejamiento del objeto. Es una función que debemos utilizar para evitar un impacto perturbador por la mera presencia de ideas en la mente. Creo que la experiencia subjetiva que corresponde a esto es algo parecido a una sensación de persecución, una sensación de ser controlado, vaciado, victimizado -experiencias que son a menudo sellos de ruptura psicótica. Esta fue la experiencia de vulnerabilidad que el Sr. K. trajo a la sala de consulta todos los días. La mera presencia de una idea puede ser experimentada como una horrible persecución. La respuesta normal de la mente puede ser despojar al objeto de los pensamientos y sentimientos que se convirtieron en una amenaza simplemente por el hecho de existir, no necesariamente por su contenido o por los vínculos con otros pensamientos³.

³ Esta es básicamente la afirmación de Freud en "Más allá del principio del placer". Allí Freud imagina un organismo originario que requiere tanto la protección y el

acceso al medio ambiente externo como los estímulos que se encuentran allí. Este organismo originario tiene una "corteza" o escudo contra los estímulos externos



Desobjetalización y el balance entre apego y separación

Sydney Blatt y Rachel Blass (Blatt, 1990; Blass, 1992; Blass, 1996) fueron, en mi opinión, los primeros en llamar la atención sobre la dialéctica fundamental del desarrollo del self: señalaron que los objetivos complementarios de apego y de separación, y sus contrapartes experienciales guían al individuo a lo largo del ciclo vital. Varias teorías del desarrollo psicológico se centran principalmente en uno de los dos aspectos de este proceso: la separación o el apego. Las teorías que se centran en la separación tratan de comprender el desarrollo del individuo como una unidad autónoma, esforzándose por lograr la individuación, la diferenciación, la autonomía y la identidad. El desarrollo se considera un proceso por el cual las capacidades innatas encuentran una expresión óptima en el logro secuencial de diversos niveles de funcionamiento del self y del yo. Se hace hincapié en la experiencia del self como separado e independiente y en su evolución en el curso del ciclo de vida. A diferencia de las teorías que hacen hincapié en la separación, otras teorías se centran principalmente en el apego e intentan comprender el desarrollo del individuo como una unidad en la interacción. Se considera

que el yo está compuesto, y que su integridad y continuidad se mantienen gracias a la gestalt de relaciones interpersonales pasadas y presentes. Se considera que el individuo es predominantemente un buscador de objetos; el desarrollo se define como un proceso en el que la maduración se produce no en el individuo en sí mismo, sino en la calidad de sus relaciones. El surgimiento de la intimidad, la dependencia, el cuidado y el afecto es objeto de estudio. Se hace hincapié en la percepción y la experiencia del individuo con respecto al otro, más que en el propio individuo. Las múltiples formas de relación permiten al individuo establecer y consolidar un sentido de sí mismo como entidad cohesiva y autónoma y como inherentemente unido a los demás mediante relaciones amorosas. Blatt y Blass propusieron un modelo de desarrollo que considera que la identidad del self emerge a través de una interacción dialéctica de las dos principales líneas de desarrollo de apego y separación. Dado que el self emerge dialécticamente de una percepción de sí mismo en la mente del objeto como un individuo que claramente no es el mismo que el objeto, una comprensión plena del desarrollo psicológico requiere una integración de las teorías del apego y la separación.

para que no se vea abrumado. Contra las fuentes internas de estimulación no hay, especula Freud, ninguna defensa de este tipo (pp. 28-9). El trauma se produce cuando el escudo/barrera protectora se rompe por estímulos externos (o internos). En este caso, "el principio del placer es por el momento puesto fuera de acción. Ya no hay posibilidad de evitar que el aparato mental se inunde con grandes cantidades de estímulos, y en su lugar surge otro problema: el problema de dominar las cantidades de estímulos que han irrumpido y de ligarlos,

en el sentido psíquico, para que puedan ser eliminados" (págs. 29-30).

Desde la perspectiva de la neurociencia, la desobjetalización se consideraría un mecanismo de regulación, que se hace cada vez más esencial con el desarrollo neuronal a medida que las redes neuronales se especializan cada vez más y la inhibición de la excitación afecta a lugares cada vez más claramente demarcados en el cerebro. Se podría especular que la desconexión o la pérdida de conexión entre las redes neuronales es el equivalente físico de la desobjetalización.



Yo diría que la desobjetalización es un proceso normal del desarrollo que ayuda al establecimiento de la identidad propia mediante la separación, mientras que la mentalización sirve al desarrollo mediante la promoción de la experiencia del otro como similar a uno mismo y por lo tanto comprensible para uno. La desobjetalización sirve a la función de separar el self o de desligar a éste de sus objetos. La desobjetalización puede convertirse en patológica cuando ya no está equilibrada por la mentalización, cuando la dialéctica entre el apego y la separación se inclina demasiado hacia esta última. Si esto sucede, se hace imposible ver al otro como poseedor de pensamientos y sentimientos similares pero diferentes de los propios, y si el otro no puede ser percibido de esta manera, no se pueden sentar las bases para la experiencia del self como apegado pero separado. Un caso como el del Sr. K. ilustra el fracaso simultáneo de la mentalización y la función desobjetalizadora. La separación (o desligazón) del objeto toma la forma de obliterar la presencia del objeto vivo, potencialmente relacionado, aniquilando la imagen del otro y su significado. En ausencia de una función desobjetalizadora, la única forma que tiene el individuo de cambiar la relación con el otro dentro de su mente es haciendo que no exista en absoluto en el mundo.

El fracaso de la desobjetalización puede ocurrir en numerosos contextos sociales que luego se concretan en "la búsqueda de la quietud" que se encarna en la idea del instinto de muerte. Un caso evidente señalado por Freud (1921) y posteriormente por Bion (1961) se refiere a las experiencias en grupos. El predominio del "instinto de muerte" en el material analítico a menudo señala el fracaso parcial de

la función desobjetalizadora y esto es lo que explica la repetición interminable que Freud y muchos otros han observado en relación con estos fenómenos. Como en el caso del Sr. K., estos individuos tienden en el análisis a generar ideas sólo para ser destruidas inmediatamente, ya sea por mecanismos de defensa primitivos o incluso por estrategias más primitivas orientadas a la acción física (teleológica). El carácter compulsivo así como la sensación de muerte que rodea a estos fenómenos mentales surgen del efecto perturbador de aquello que ha sido parcialmente desobjetalizado y por lo tanto sigue regresando, y que sólo puede ser "controlado" por eliminación total. En la mayoría de los casos, ese fracaso parcial no desencadena en una acción física. Más bien desencadena un vaciamiento mental que es tal vez el precursor del desarrollo de la desobjetalización, pero que sólo puede funcionar como una medida temporal. El aspecto del proceso que crea un ciclo característico que llevó a Freud a vincular el instinto de muerte con la compulsión de repetición es el resurgimiento espontáneo y natural de la idea de que una y otra vez hay que eliminar o desarmar.

Si no podemos hacer que una persona sea insignificante mentalmente, tenemos que destruirla físicamente. La desobjetalización, como cualquier capacidad psicológica, creo que se obtiene en el desarrollo. Su aparición gradual, creo, señala la disminución de la violencia a lo largo de los años de la infancia. Como capacidad psíquica nos protege de la necesidad de regular el contenido mental por medio de la fuerza física. La violencia disminuye con la edad, no con el aumento de la capacidad de regulación sobre el cuerpo del niño, como se supone comúnmente, sino



como consecuencia de la mejora del control sobre la mente que proporcionan las funciones de mentalización y desobjetalización. Como con todas las capacidades mentales, el avance en el desarrollo va acompañado de regresiones periódicas.

Superando lo negativo

¿Cómo se puede "reparar" la desobjetalización disfuncional? La interacción diádica, el intercambio intersubjetivo, es quizás una vía para la recuperación de esta capacidad. La comprensión de la ausencia de regulación parece hacer poco para crearla. Sin embargo, a menudo incluso los aspectos relacionales de la terapia pueden no ser suficientes y puede ser necesario mucho tiempo de análisis antes de que el individuo sea capaz de aceptar el contenido simbólico de las ideas sin despojarlas de su investidura. No abogo por el abandono del trabajo psicoanalítico para ayudar a estos individuos, pero sí creo que nos corresponde ser realistas sobre lo que incluso una intervención psicoterapéutica intensiva puede lograr con las perturbaciones que implican profundos fracasos tanto de mentalización como de desobjetalización. Independientemente de la causa de la disfunción, de la genética, del entorno inicial o de una interacción de ambos, una intervención que se base en lo simbólico no tiene más que un impacto limitado en el individuo cuya mente no siempre puede permitir que la experiencia simbólica surja espontáneamente. No existe una panacea para estos casos y la cautela sobre el proceso es quizás el consejo más sabio.

La mayoría de los pacientes como el Sr. K permanecen notablemente ajenos a cómo tratan al mundo. Sin embargo, hay sesiones en

las que no pueden evitar ser confrontados con la forma en que respiran la muerte en todo lo que les rodea. Desarrollar este tipo de reflexividad y adquirir lo que erróneamente se puede tomar como una postura algo más distante es lo que hemos llamado afectividad mentalizada, una modulación de la atención que convierte las experiencias emocionales en pensamientos. Un episodio del análisis del Sr. K podría ilustrar lo que quiero decir.

El Sr. K, a través de su trabajo, estaba muy preocupado por el crimen. En una sesión que fue sólo un par de días antes de una interrupción, comenzó quejándose de su pasividad. Quería ir a una reunión en la que las iniciativas de prevención del delito se debatirían a un nivel bastante alto. Afirmó que realmente se preocupaba por este tema, pero una vez más no pudo motivarse para ir. La reunión era sobre la legislación para reducir el acceso a las armas de fuego en el Reino Unido tras un incidente particularmente espantoso en el que se habían utilizado armas de fuego. Habló con rabia sobre el lobby americano de las armas que afirmó erróneamente que la persona que aprieta el gatillo es la única persona a la que se puede culpar por el mal uso de las armas. Reprendió al actor de cine Charlton Heston, presidente del lobby pro armas, la Asociación Nacional del Rifle Americana. Sintió que podría haber marcado la diferencia si hubiera ido y hecho lo correcto.

La búsqueda introspectiva del por qué no fue, fue en sí misma mortal e inútil - una persona que el Sr. K sintió que pensaba mal de él presidiría la reunión. Habría mucha gente allí que él sospechaba o pensaba que sospechaba de él. Había una sensación penetrante de persecución en la sala. Todos sus objetos tenían la culpa y él quería culpar a todos. Ya no había



espacio para pensar y, como era a menudo el caso del Sr. K, parecía inútil perseguir los elementos individuales específicos de proyección y persecución. Señalé que en ese momento parecía sentirse incapaz de enfrentarse a algo que desaprobaba totalmente y que al mismo tiempo era incapaz de enfrentarse a la interrupción que se avecinaba. Añadí que tal vez el sentimiento general de persecución surgió de sus intensos sentimientos sobre la interrupción.

Reaccionó violentamente, levantando la voz y maldiciéndome. Su diatriba era difícil de comprender pero entendí que su principal objeción era que yo cobrara por la última sesión antes de un descanso, lo cual debía saber que era efectivamente un robo. Esto lo llevó a desarrollar pensamientos violentos acerca de erradicar no sólo a mí, sino a toda la profesión de psicoanalista. Se le recordaban dos películas que vio de joven. Una imagen de la película "If" con Michael York le vino primero a la mente, donde todo el personal y todos los alumnos de una escuela pública fueron acribillados por un grupo de alumnos terroristas que se colocaron en el techo de la escuela. La imagen fue seguida rápidamente por el recuerdo de otra película que vio más o menos al mismo tiempo, llamada "The body", donde se insertaron pequeñas cámaras en el cuerpo para mostrar el movimiento de las células, el interior del pulmón y los espermatozoides, así como el funcionamiento de las bacterias, los virus y las células cancerígenas.

Primero enlacé con sus pensamientos sobre la propaganda de la Asociación Nacional del Rifle Americana y sus imágenes violentas. Fue la persona detrás del arma la responsable, no el arma. Inmediatamente se calmó y comenzó a hablar de su propio deseo de morir

junto con todos los demás en un ataque terrorista en un avión, o mejor aún en una guerra. La muerte fue inmediatamente idealizada y el único riesgo era sobrevivir en un estado de incapacidad. Dije que me parecía que eso era exactamente lo que estaba haciendo. Que primero roció todo su mundo con balas pero luego vivió con las secuelas, habiéndose incapacitado a sí mismo de innumerables maneras. Sin embargo, se experimentó a sí mismo viviendo como diminutos fragmentos microscópicos en el mundo de los demás.

Pensó en lo que dije, y para mi gran sorpresa añadió luego: "Si hablara de mí mismo aquí contigo, quiero decir hablar de verdad, podría conocerme a mí mismo, y entonces podría odiarme aún más". Dije: "Al contrario, creo que te aterroriza saber quién eres e incluso tener que gustarte a ti mismo, que te apegues a lo que eres y que no puedas soportar más la muerte". Pensó durante algún tiempo y dijo: "No puedo matarme si pienso así".

El episodio ilustra cómo el trabajo de la reflexividad analítica convierte experiencias en pensamientos. Sólo en la reflexión me di cuenta de cómo las películas corrieron a través de toda esta sesión. El paciente luchaba por desarrollar una experiencia emocional de segundo orden, de tomar conciencia de sí mismo como odioso y del mundo como vacío, deprimente y aburrido, en lugar de experimentar el mundo como si fuera simplemente tal y como es. Al proyectarse en el mundo, el Sr. K se experimentó a sí mismo como el mundo, mortal en todos los sentidos de la palabra. Al ser capaz de tomar una postura reflexiva sobre sus experiencias emocionales, ya no estaba simplemente en el mundo, sino también en sí mismo. Es en este sentido, creo,



que nuestra capacidad de reflexión es sólo una reafirmación de la noción kleiniana de la posición depresiva. Para traer de vuelta a nosotros mismos y poseer, tomar responsabilidad sobre nuestra destructividad.

Epílogo

No hace falta decir que el Sr. K no está curado. Está en el cuarto año de su análisis y sus pensamientos suicidas nunca están lejos. Para ser franco, no estoy seguro de si se suicidará o si nuestro trabajo conjunto podrá permitirle crear una representación de sí mismo, una identidad que pueda investir suficientemente como para querer preservarla, lo verá durante los años que le quedan. La experiencia clínica diaria está repleta de casos de individuos que atacan y se alejan de relaciones potencialmente vitales y positivas. Estos individuos parecen querer eliminar toda conciencia del deseo relacional que es percibido como afectando su estado mental estático y aparentemente autosuficiente. Herbert Rosenfeld describió la silenciosa atracción del instinto de muerte (siguiendo a Freud) que prometía libertad del deseo, perturbación e independencia (Rosenfeld, 1987). Pero de nuevo, lo que es más claro y obvio en casos como el del Sr. K. no es el contenido fenoménico de la ideación agresiva y enojada, el odio o el sadismo, sino la persistencia y la aparente inmutabilidad de la destructividad aniquiladora total. La mortandad del pensamiento irreflexivo o el vacío que deja la idea de lo no presente es una falta de equilibrio entre la mentalización y su complemento sin vida.



Referencias:

- Bibring, E. (1969). The development and problems of the theory of instincts. International Journal of Psycho-Analysis, 50, 293-308.
- Bion, W. R. (1961). Experiences in Groups. London: Tavistock.
- Bion, W. R. (1963). Elements of psycho-analysis. London: Heinemann.
- Blass, R., & Blatt, S. (1992). Attachment and Separateness—A Theoretical Context for the Integration of Object Relations Theory with Self Psychology. Psychoanal. Study Child, 47, 189-203.
- Blass, R., & Blatt, S. (1996). Attachment And Separateness In The Experience Of Symbiotic Relatedness. Psychoanalytic Quarterly, 65, 711-746.
- Blatt, S. J., & Blass, R. B. (1990). Attachment and separateness: A dialectical model of the products and processes of development throughout the life cycle. Psychoanalytic Study of the Child, 45, 107-127.
- Compton, A. (1981). On the Psychoanalytic Theory of Instinctual Drives—IV: Instinctual Drives and the Ego-Id-Superego Model. Psychoanalytic Quarterly, 50, 363-392.
- Compton, A. (1983). Compton, A. (1983) The Current Status of the Psychoanalytic Theory of Instinctual Drives—I: Drive Concept, Classification, and Development. Psychoanalytic Quarterly, 52, 364-401.
- Eigen, M. (1995). The Destructive Force Within. Contemp. Psychoanal, 31, 603-615.
- Fonagy, P., & Target, M. (1996). Playing with reality: I. Theory of mind and the normal development of psychic reality. International Journal of Psycho-Analysis, 77, 217-233.
- Fonagy, P., & Target, M. (2000). Playing with reality III: The persistence of dual psychic reality in borderline patients. International Journal of Psychoanalysis, 81(5), 853-874.
- Fonagy, P., & Target, M. (2007). Playing with reality: IV. A theory of external reality rooted in intersubjectivity. International Journal of Psychoanalysis, 88, 917-937.
- Freud, S. (1921). Group psychology and the analysis of the ego. In J.Strachey (Ed.), The standard edition of the complete psychological works of Sigmund Freud (Vol. 18, pp. 69-143). London: Hogarth Press.
- Freud, S. (1930). Civilization and its discontents. In J.Strachey (Ed.), The standard edition of the complete psychological works of Sigmund Freud (Vol. 21, pp. 57-146). London: Hogarth Press.
- Freud, S. (1937). Analysis terminable and interminable. In J.Strachey (Ed.), The standard edition of the complete psychological works of Sigmund Freud (Vol. 23, pp. 209-253). London: Hogarth Press.
- Green, A. (1986). La pulsion de mort. Paris: PUF.
- Green, A. (1997). The intuition of the negative in playing and reality. International Journal of Psycho-Analysis, 78, 1071-1084.
- Green, A. (1999). The work of the negative. London: Free Association.
- Joseph, B. (1985). Transference: The total situation. International Journal of Psychoanalysis, 66, 447-454.
- Kernberg, O. F. (1976). Technical considerations in the treatment of borderline personality organization. Journal of the American Psychoanalytic Association, 24(4), 795-829.
- Kohut, H. (1977). The Restoration of the Self. New York: International Universities Press.
- Lear, J. (1996). The Introduction Of Eros: Reflections On The Work Of Hans Loewald. Journal of the American Psychoanalytic Association, 44, 673-698.
- Rodman, R. (1987). The spontaneous gesture: Selected letters of D. W. Winnicott. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Rosenfeld, H. (1987). Impasse and Interpretation. London: Tavistock Publications.



- Sandler, J. (1976). Countertransference and role-responsiveness. International Review of Psycho-Analysis, 3, 43-47.
- Sternbach, O. (1975). Aggression, the Death Drive and the Problem of Sadomasochism. A Reinterpretation of Freud's Second Drive Theory. Int. J. Psycho-Anal., 56, 321-333.
- Target, M., & Fonagy, P. (1996). Playing with reality II: The development of psychic reality from a theoretical perspective. International Journal of Psycho-Analysis, 77, 459-479.
- Winnicott, D. W. (1959). Classification: Is there a psycho-analytic contribution to psychiatric classification?, The Maturation Processes and the Facilitating Environment (1965) (pp. 124-139). New York: International Universities Press.

